

Intimidades y ex-timidades de la investigación sobre activismos y militancias políticas. Propuestas para el análisis

Intimacies and ex-timacies of research on political activism and militancies. Proposals for analysis

Mariana Alpízar Guerrero, Santiago Navarro Cerdas y Carlos Umaña González

Universidad de Costa Rica (Costa Rica)

Resumen. Se proponen una serie de categorías en movimiento para el análisis del activismo/militancia, los factores macro, local, grupal, personal y laboral en su relación 'heterárquica' situada a cada contexto. Estas propuestas se muestran como diversos puntos de partida para un proyecto de investigación que estamos llevando a cabo sobre activismos/militancias y con ello encarar el posterior proceso de entrevistas con personas pertenecientes a diversos movimientos sociales costarricenses. Para ello utilizamos un proceso de auto-entrevistas entre las mismas personas que estamos investigando y con esto partimos de que al exponer nuestra parcialidad dejamos clara la no-neutralidad de nuestras pasiones implicadas a la hora de investigar, en un lugar donde lo íntimo es "ex-timo".

Palabras clave: activismo, militancia, psicología social, movimientos sociales, auto-entrevistas.

Abstract. This article proposes a number of moving categories for analysis of activism/activism, the macro, local, groupal, personal and labour factors in an 'heterarchy' relationship situated in each context. These proposals are shown as starting points for a research project on activism/militancies, to address the further process of interviews with people from various Costa Rican social movements. We use self-interviews between the same people and we presume that by exposing our dismay we clear the non-neutrality of our passions involved when investigating, in a place where the intimate is "ex-timate".

Keywords: activism, social psychology, social movements, self-interviews.

Introducción. Toda investigación es impersonal, personal y política.

El presente texto pretende ser un ejercicio de exposición de ciertas condiciones previas a iniciar una investigación. Mientras escribimos este artículo estamos desarrollando una investigación acerca de los vínculos entre los activismos y las militancias ejercidos por personas académicas y personas no académicas en diferentes organizaciones del movimiento social de la Costa Rica actual, personas de organizaciones ecologistas, laborales, feministas, de diversidad sexual, migrantes, indígenas y de lucha por vivienda.¹

Antes de iniciar el proceso de entrevistas, en el momento de ir escribiendo y desarrollando las partes teóricas que darían pie inicial al marco referencial, nos reunimos a conversar sobre los diversos autores y autoras de los movimientos sociales, el activismo, teorías de la subjetividad, etc. Sin embargo, terminábamos en conversaciones más “íntimas”, más “personales”, acerca de nuestras pasiones, nuestros desencantos y encantos, nuestras preocupaciones, nuestras crisis existenciales a nivel político, sobre diversos posicionamientos ideológicos, diversas organizaciones, etc. Este es un intento de exponer estas posiciones previas que nos inquietan, que discutimos, partiendo del criterio de que despojarnos de ellas es un imposible a la hora de hacer investigación académica.

Toda investigación es reflexiva, es decir, se encuentra posicionada en un lugar, un espacio-tiempo y una particularidad de la mirada desde donde se echan los vistazos para ver la realidad. En otras palabras, no podemos ni queremos anular a los sujetos que narran. Así, siguiendo la “investigación cualitativa radical” presentada por Parker (2005), es importante resaltar un gesto reflexivo sobre la propia investigación, no por una pretensión de “triangular” la “información” lo suficiente para lograr la mayor “objetividad”, sino porque a la hora de expresar algunas condiciones “de partida”, es decir la propia parcialidad, es posible invitar al diálogo, a que la persona que lea pueda debatir, discutir, con esas personas posicionadas que investigan, no que pretendamos ser omitidos/as de esa construcción. Así, como expresa Martín-Baró (1999) la neutralidad es un imposible, lo único que haría es encubrir la filiación con el poder dominante.

Todo texto es político en la medida que todos y todas escribimos desde una realidad que nos traspasa y donde se establecen relaciones de poder. Sin embargo no siempre se pretende trabajar y hacer explícita la politización de las investigaciones. De tal manera que esta noción de que construimos una escritura situada (Haraway, 1991), tiene la

¹ Queremos agradecer a la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica por el apoyo para llevar a cabo el presente proyecto de investigación.

particularidad de buscar algo diferente que la persuasión en el texto: el lenguaje desde donde se ha contado la historia y la mirada desde donde se ha reconocido una única realidad posible o monolítica (Irigaray, 1982; Amorós, 1991) y no las múltiples voces en esas realidades plurales (Cabnal, 2010).

Asumir el reto de mostrarse como sujeto que investiga implica escribir sobre y desde nuestro cuerpo², un cuerpo histórico (Negri, 2009), tiene como consecuencia la lucha por un espacio dentro del margen de la “no objetividad”. En este caso, el tema que será abordado en nuestra investigación pasa por nosotros/a, pues hemos sido y seguimos siendo activistas y a la vez, estamos en el lado de la academia.

Cuando se escribe y se investiga desde la propia experiencia se corre el riesgo de “mostrar mucho” en lo que se escribe y que esto termine siendo un gesto de narcisismo, hablando mucho de sí y poco de la realidad a la que se accede. Nuestra idea, más bien, es la de hablar desde nuestras subjetividades como herramienta política, es decir, hablar, más allá de las intimidades como fin en sí mismo, centrándonos más bien en el concepto de “*ex-timidades*” (Lacan, 2001), entendiendo que lo más íntimo de nosotros y nosotras es a la vez algo externo, social, simbólico, una “*exterioridad íntima*” (Parker, 2013).

Podemos entender la “*ex-timidad*” cuando consideramos que nuestro discurso siempre implica alguien que nos escucha o al que le hablamos (o que nosotros creemos que nos escucha) y en esa medida todo discurso es colectivo y a la vez subjetivo. Por ejemplo, si reflexionamos sobre el *lenguaje* que hablamos cada día con las demás personas y con nosotros/as mismos/as: ¿qué más *externo* a nuestra interioridad que el sistema de lenguaje que nos enseña la sociedad desde la infancia y que existe desde antes de que nazcamos?, pero, a la vez ¿qué más *interno* que el lenguaje?, pues es a través de él que nos comunicamos con nosotros y nosotras mismas al interior. El lenguaje es íntimo y exterior, es *ex-timo*.

La intención es tratar de acercarse a desnudar esas *ex-timidades*, pues en un panorama donde existen fricciones entre el saber y el no-saber de la investigación, entre las categorías “*academia*” y “*activismo*”, entre lo subjetivo-individual y lo colectivo-social, es donde asumimos que la opción posible es reconocer esa tensión (Mouffe, 1999). Así, nos interesan estos lugares de tensión, de contradicción, de desbordes, de la ilusión de la intimidad *académica* y *activista* de los sujetos que hacemos esta investigación.

² La categoría “cuerpo” es utilizada por posturas teóricas feministas que han establecido a la corporalidad como algo a la vez material y simbólico, pues por una parte se trata de carne, pero por otra parte esa “*biología*” va más allá porque siempre es traspasada por la cultura. Es decir, lo biológico y corporal tienen historia y esta historia es inevitablemente social (Butler, 2014).

Anotaciones metodológicas. Sobre las entrevistas.

Luego de vernos conversando bastante sobre nuestras situaciones personales, vivencias, emociones, de los espacios organizativos donde hemos estado y de querer construir este texto que hablara sobre ello, decidimos que era importante entrevistarnos a nosotros/a, como ejercicio de práctica para las posteriores diálogos con activistas y/o académicos que vendrían en el paso siguiente de la investigación, pero también con el objetivo de hacer un ejercicio para tomar un poco más de “distancia” con lo que escribiríamos. Es decir, no es que con las entrevistas que nos hicimos se busque la “objetividad”, la ajenidad de lo “subjetivo” a la hora de escribir este artículo y narrar sobre nuestras propias historias, sino que se busca con ello un poco de “lejanía” necesaria para conversar con nosotros/a mismos. Decidimos dar énfasis a nuestras experiencias. De esta forma las referencias teóricas sobre activismos y militancias, cuya tradición es inmensa³, en este artículo no se ahondarán, sino que la discusión irá en relación a situaciones muy concretas que se nutran un poco de la teoría para entenderse.

Nuestras ex-timidades. Hacia algunos criterios de análisis.

Una persona académica con un historial activista o militante, toma un lugar de fricción que es importante mostrar, nos interesa ahondar en las tensiones y contradicciones de nuestra experiencia. Consideramos cuatro niveles de interacción continua y no jerárquica que juegan en el activismo y la militancia para lograr su comprensión y análisis: nivel *macro* (nivel de contexto país e internacional), nivel *local* (regiones específicas o sector particular de lucha), nivel *grupal* (organizaciones políticas), nivel *laboral* (espacio de reproducción económica de la persona) y nivel *personal* (la subjetividad implicada).

Cuando hablamos de “niveles” no nos referimos a ellos de una manera jerárquica, donde un nivel determine y domine totalmente a los otros, por ejemplo, considerando que el nivel grande va a determinar el local o el personal. Tampoco de un mundo lineal y fragmentado, sino de niveles que están en movimiento y se interrelacionan continuamente. Un ejemplo de visión determinista sería visualizar los niveles de la siguiente

³ Es decir, la Teoría de la Movilización u Oportunidad Política (Tilly, MacAdam, Tarrow, etc.), la Teoría de la Elección Racional (Olson y Coleman, entre otros), la de la Sociedad Programada e Identidad Colectiva (Touraine, Mellucci y Castells), así como las propuestas que promueven la vinculación ecléctica de estas tres grandes ramas estadounidense-europeas. También está las teorías más latinoamericanas, con tendencias a resaltar el carácter territorial, comunal y la disputa de hegemonía de las luchas sociales, de autores como Aníbal Quijano, García Liniera, Juliana Florez, Maristella Svampa, Raúl Zibechi o Ernesto Laclau (quién, aunque teoriza desde Europa, sería imposible entender su teoría si no es a la luz de la experiencia particular del populismo en su Argentina natal).

forma, donde el nivel de arriba determina al que sigue abajo y así sucesivamente, de una manera lineal.

Gráfico 1. Niveles de vínculo jerárquico en el activismo y la militancia.



Lo que consideramos es que estos niveles se desenvuelven más bien en una relación no de jerarquía sino de *heterarquía* (Castro-Gómez, 2007), es decir que se da una relación de sobredeterminación recíproca entre los niveles, donde cada uno tiende a tener su propia dinámica con cierta independencia del resto. Entonces, no se trata de ver las “dependencias” o “determinismos” entre ellos, sino de la particular configuración de las tensiones y correlaciones entre los niveles, donde la intensidad y determinación de cada espacio sobre otro solo se ve en la particularidad de cada caso. El siguiente gráfico nos muestra la circularidad de estos niveles, en el que todos se relacionan sin linealidad:

Gráfico 2. Niveles de vínculo heterárquico en el activismo y la militancia.



Partiendo de esto, para mostrar algunas de nuestras “intimidades” políticas, construimos categorías en base a las auto-entrevistas que analizamos, adaptadas a nuestro contexto: 1. *El ingreso a la política*, 2. *El*

contexto social de empuje, 3. La lucha interna por la hegemonía a lo interno de las organizaciones, 4. Condición política personal, 6. Tensiones de la academia. Veamos cada uno.

Gráfico 3. Vínculos heterárquicos en las personas activistas/investigadoras.



1. El ingreso informal a la política.

Consideramos que hay *ámbitos de formación política formales e informales* que nos han influenciado de manera determinante a la hora de ser activistas o militantes. A nivel informal, a dos de nosotros nos marcó de manera importante la música punk y su escena. Desde la adolescencia, en el colegio, el acercarse a este estilo de música no solo implicó un gusto musical, sino la posibilidad de acceder a un proceso de formación, donde las letras de los grupos musicales, los fanzines, las amistades, la estética de rebeldía, las ideologías cercanas al anarquismo y al marxismo dieron una gran influencia en un proceso inicial. Se trató de un acercamiento a lo político desde una perspectiva más estética y seductora.

También resaltamos nuestras condiciones de vida, una de nosotros/as menciona que en su infancia en un pueblo rural vivió la importancia de la lucha por los bienes comunes por el agua lo cual le "marcó" bastante, así como el tener una madre "*luchadora que saca adelante a sus hijos y familia*" (Entrevista 1, abril 2016). Otro de nosotros menciona su condición de clase como un factor importante, en el que las circunstancias de vida de su familia de clase baja fueron difíciles, marcando la condición de lucha por las cosas básicas de vida. Vemos así como factores usualmente no considerados (de formación política), son también componentes importantes para el desarrollo político. Así, aspectos y momentos de la vida donde se ha tenido que luchar, ya sea por condición de clase, género, raza, nacionalidad, vivienda, bienes comunes, etc.,

marcan y establecen un repertorio de experiencias previas que son factores de incidencia en la posterior implicación explícita como activista/militante.

Si bien quienes escribimos nos consideramos parte de la tradición marxista, considerando la lucha de clases como un eje fundamental para el análisis social, no consideramos que exista un determinismo de clase que mecánicamente afecte la propensión subjetiva a ser activista o militante. El salto de pertenecer a una clase baja y pasar a ser militante (lo que la tradición marxista ha llamado el problema de la “conciencia de clase”), es muy complejo y está lejos de estar simplificado a criterios reduccionistas, ya sean economicistas o referidos a la “enajenación” e “ignorancia” de las personas (por ejemplo, véase Zizek, 2005). El texto presente es un intento de dar a entender las complejidades de estas relaciones, las cuales, entonces, no se pueden reducir a una teleología, es decir un determinismo previo del “destino natural” político de la clase social. Lo mismo podemos decir de la condición de género o de raza: el ser mujer o de piel oscura no va a determinar mecánicamente a estar contra el patriarcado o el racismo, menos de conectar estas luchas entre sí. Ante todo esto solo podemos decir que todos estos factores definitivamente tienen influencia, aunque no un determinismo causal en el posterior activismo/militancia política.

Resaltamos de las entrevistas y de nuestras visiones previas, que hay ciertos “acontecimientos fundantes” a la hora de la entrada a una visión crítica de la realidad política. Estos acontecimientos no son aislados, pero podría pensarse que forman parte de un proceso en el que, en nuestras narraciones, tienen un carácter “iniciático” y los cuales no tienen condiciones directamente racionales de decisión cognitiva, sino que son cercanas a lo irracional y afectivo. En un caso se reflexiona que el ingresar en la política: *“Muchas luchas que he seguido no han sido conscientes al inicio, primero me pasan por el cuerpo, por tristezas y alegría, luego me doy cuenta que hay otra gente a la que le ha pasado”* (Entrevista 1, 30/04/2016). En otro se menciona: *“no fue una elección, eso no se decide, es algo que llega, un encuentro fortuito con algo de lo Real de lo que yo era en aquel entonces”* (Entrevista 2, 28/04/2016).

En dos de nuestros casos, un familiar cercano, un hermano y un tío, introdujeron también un incipiente desarrollo ideológico. El tío, para la época de lucha contra el TLC⁴, dio una información, la cual fue crucial para el futuro crítico, *“recuerdo que leí eso y luego me puse a llorar, pensé*

⁴ Se refiere a la lucha en torno al Tratado de Libre Comercio entre Centroamérica y Estados Unidos, cuyo auge estuvo entre el 2004 y 2007 y fue una movilización de carácter nacional y de mucha masividad que implicó una alta polarización del país. El proceso culminó al convocarse a un referendo, ganando el “Si al TLC” por un margen muy corto. Esto implicó una gran decaída del movimiento social costarricense.

que era lo peor que le podía pasar a mi país, no entendía bien qué era, pero fue algo que pasó así, primero por mi cuerpo” (Entrevista 1, 30/04/2016).

En el otro caso, un hermano, que era “de izquierdas”, tenía una biblioteca de libros que empezaron a influenciar

“una vez, yo muy joven leí la introducción de su tesis, tenía al inicio una cita de Marx, una de Marcuse y una de Martín-Baró, no sabía quiénes eran, pero de alguna forma representaron en mí gente que debía de investigar y leer. A eso se sumó la participación en los bloqueos en mi época colegial contra el “Combo del ICE”, sinceramente no entendía muy bien todo el contexto, era adolescente, estaba en séptimo año de colegio, pero sabía que debía estar ahí y marchar hasta Ochomogo y participar de los bloqueos” (Entrevista 3, 29/04/2016).

Vemos entonces en nuestras narraciones, que hay una serie de “hechos fundantes” que narramos como cruciales en nuestro ingreso a la política. Esto se acerca a lo que hace unos años John Holloway escribía sobre lo que denomina como “el grito”, como ese lugar inicial en la experiencia política:

Un grito de experiencia. Un grito de enojo, un grito de horror. Un grito que brota de lo que vivimos y de lo que vemos, de los periódicos que leemos, de los programas de televisión que miramos, de los conflictos de nuestras vidas cotidianas... Un grito disonante, discordante, a menudo inarticulado, algunas veces tan sólo un murmullo, algunas veces lágrimas de frustración, otras un rugido seguro, pero todos apuntando al hecho de que el mundo está puesto de cabeza, a la falsedad del mundo... El grito no figura como una categoría central de la ciencia social. Más aún, la ciencia social se define a sí misma como científica precisamente en virtud de su exclusión del grito.... La comprensión racional del mundo, se nos dice, es bastante diferente de nuestra reacción sentimental privada (Holloway, 1995, p. 5).

Cercano a esto, Helene Cixoux (1995), propone el llamado Voz-grito agonía femenino, para referirse a la forma en que la historia ha tratado de enmudecer a quienes son considerados/as objetos por su lugar de pasividad en la sociedad. A partir de ese acallamiento patriarcal y capitalista que busca la mercantilización de los cuerpos y su venta, existe una posibilidad de protesta, de subjetivación a través del grito colectivo. No es sino ese “alzar la voz” que hemos vivido muchos y muchas activistas al entrar en organizaciones políticas, mediante el grito de consignas o simplemente del cuestionamiento a las estructuras de dominación. Es algo profundamente afectivo-movilizador.

Sin embargo, este componente de afectividad no lo consideramos como aislado de su necesaria relación con elementos cognitivos y racionales que le empaten, con una vinculación política más formal, así

como de un contexto social y una agrupación que influyeran su condición, esto lo vamos a desarrollar ahora.

3. El contexto social de empuje y sostenimiento.

Costa Rica en los primeros años de la década del 2000 estuvo marcada por un ciclo de luchas importante, desde la lucha contra el “Combo del ICE”⁵ en el 2000, al referendo por el TLC en el año 2007 (Mora, 2015). Este fue un contexto de gran efervescencia social, grandes movilizaciones, bloqueos, marchas, huelgas, de un carácter masivo y nacional. Este momento nos influye, en relación al Combo como posteriormente en la época de la lucha contra el TLC: *“en una marcha me topo a un tipo que me habla sobre el TLC. Yo iba a marchas y llevaba información y hacía propaganda en el colegio”* (Entrevista 2, 29/04/2016). Así como: *“milité en una organización política muy joven, a los 14 años, íbamos a los barrios del sur de San José, como en el año 2002-2003 a repartir información sobre el TLC...”* (Entrevista 3, 29/04/2016).

Hay que tomar en cuenta que este ciclo de luchas del año 2000 hacen un cambio fuerte en la manera de hacer militancia y activismo en Costa Rica, pasando de las maneras más tradicionales hacia una gran diversidad de formas de manifestación y lucha, así como una mayor diversidad de actores sociales implicados, más allá del sindicalismo tradicional (Mora, 2015).

Posteriormente se pierde la lucha contra el TLC y se da una suerte de “depresión del movimiento social” (Entrevista 3, 29/04/2016), donde se va viendo la decepción y la caída de esa gran efervescencia. Las entrevistas consideran que no es sino posteriormente, antes de las elecciones del 2014 donde empiezan a crecer las movilizaciones sociales. Este crecimiento tiene su parte institucional, que se cristaliza en el crecimiento del partido de un perfil progresista denominado Frente Amplio, del cual en nuestras entrevistas se narra un ingreso

[...] me hizo incorporarme un grupo de amigos y amigas de ciencias sociales, que habíamos hecho partidos políticos, que decidimos meternos ahí, pensamos que el PAC era demasiado tibio y que el PT y esos partidos no tenían mucho futuro... En las elecciones participamos, ayudé a construir el partido en Puriscal... (Entrevista 1, 30/04/2016).

Vemos entonces que hay contextos sociales grandes de mucha y de poca efervescencia política, estos momentos inciden en las condiciones de

⁵ Esta lucha se establecía contra el denominado “combo” que era una política de privatización del Instituto Costarricense de Electricidad en el año 2000. También implicó alta movilización de protestas a nivel país y el éxito de la lucha al no aprobarse las políticas privatizadoras.

posibilidad de influencia, formación y sostenimiento de personas como activistas y militantes, así como en la posibilidad de formalizarse al ingresar en organizaciones políticas. Estas coyunturas políticas, donde se expresan a nivel público tensiones sociales que han estado latentes en momentos de poca tensión social, representan “situaciones límite” (Montero, 2006), para las y los sujetos que se implican en la lucha, momentos que tienden a movilizarles. Así, vemos que la época de lucha contra el TLC fue un espacio donde muchas personas activaron y reactivaron su activismo, pero la época posterior fue un periodo de desactivación.

Esto anterior podríamos decirlo a nivel macro nacional, pero también hay niveles intermedios de efervescencia en luchas o regiones particulares que podrían no ir en concordancia con lo que pasa en el resto del país, como es el caso de luchas puntuales, de algún sindicato, toma de tierra, lucha por la defensa de un río, luchas feministas, etc., esos contextos abren la posibilidad de contacto con luchas sociales que marcan a las personas, como el caso de la lucha por el agua en el pueblo, en la entrevista mencionada.

Un contexto social de efervescencia política continua, que es de un nivel mediano y que persiste más en el tiempo, son las universidades públicas. Este contexto es de gran influencia, donde es posible encontrar algún profesor o profesora, amistades y diversas agrupaciones de diferente tinte político, que dan la posibilidad de leer, tener discusiones e informaciones diversas. En nuestro contexto particular, es decir, en la Universidad de Costa Rica, desde su creación y hasta la actualidad, se han podido visualizar tendencias ideológicas de distintos tipos de la izquierda: socialdemócratas, progresismo, guerrillerismo latinoamericano, trotskismo, autonomismo, anarquismo, etc. Incluso, en muchos casos los partidos políticos nacionales encuentran su “caldo de cultivo” en las universidades públicas, en donde las y los estudiantes empiezan a interesarse por temas políticos y posteriormente deciden formar parte de algún grupo u organización política. Sin embargo, este contexto variopinto, diverso y efervescente que promueve el espacio universitario es bastante particular, no es tan común en espacios fuera de él, como es en barrios y comunidades donde el acceso a esta variedad ideológica y organizacional se reduce significativamente. De todas formas, el ambiente cercano de organizaciones e ideologías es un factor fundamental para el proceso.

4. La organización y sus luchas internas.

Estos niveles más *informales*, emocionales y contextuales de activación política, se pueden ver conjugados en niveles más *formales* y conglomerados en una organización que articule estas condiciones: trabajo colectivo, formación ideológica de marcos de explicación de la realidad, participación en luchas y creación de identidad grupal.

En nuestro caso, hemos estado en diversas organizaciones. El partido Frente Amplio es una de ellas, donde la persona que participó allí dio un especial interés a la formación política y las luchas de Derechos Humanos en temas feministas y diversidad sexual, siendo su interés formar parte del movimiento social, el activismo comunitario y las luchas intra-académicas.

Otra persona militó en su adolescencia en un espacio anarquista llamado las Asambleas del Pueblo, que luego en el contexto universitario dejó, para ingresar en dos organizaciones de lucha campesina, el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra y el Movimiento de Realidad Popular que se proponían la formación de la lucha armada de orientación guevarista. Posteriormente, se sale y considera que no quiere formar parte de ninguna agrupación, puesto que no considera que haya un espacio adecuado para su noción de militancia.

Por último, otra persona militó en su adolescencia en un espacio llamado las Juventudes Comunistas, posteriormente en espacios anarquistas sin un nombre en sí mismo, luego fue activista independiente durante el TLC, ulteriormente formó parte del Colectivo Costarricense de Psicología de la Liberación. Actualmente, forma parte de varias organizaciones activistas, un espacio de corte autonomista llamado Colectivo Subversión, un grupo de teatro del oprimido llamado Colectiva Respiral, un espacio de trabajadores/as de la universidad llamado Comité de Interinos e Interinas de la UCR, una organización de lucha urbana por vivienda, así como en el Centro de Derechos Sociales de la Persona Migrante.

Tenemos diversas perspectivas de cómo sentimos cercanía para ejercer el activismo y la militancia. Las visiones se mueven desde el deseo de tener una militancia más “clásica” donde la disciplina, un programa político y la identidad cohesionada y fuerte sea la forma de ejercerlo, hasta una visión más fragmentada en espacios diversos sin una identidad tan definida en un espacio organizacional. Estos tres lugares son los comunes en los que se mueven los tipos de militancia hoy día, desde posiciones de mucha cohesión a los que apuestan por la fragmentación de luchas. Esto va ligado a las diversas posiciones ideológicas que tenemos, desde una posición feminista, una comunista más tradicional y una más cercana al marxismo autonomista y el anarquismo.

En nuestro contexto, estuvimos y conocimos diversas organizaciones con su diversa distribución de poder interno. Existen las organizaciones con formas jerárquicas formales (más común en partidos políticos), así como también donde estas formas de jerarquía son más informales y buscan la eliminación o rotación de las jerarquías (esto es más común en colectivos o agrupaciones con ideales de horizontalismo).

Las jerarquías de poder suelen establecerse y reproducirse para acumular una suerte de “capital político” a lo interno de la organización, es

decir, el lograr prestigio y legitimidad lo cual *tiende* suceder por la acumulación de estas características: *edad* (las personas de mayor edad suelen tener mayor peso), *género* (hombres tienden a dominar los espacios públicos), *formación educativa* (las personas más estudiadas tienden a tener más escucha), *logocentrismo* (es decir, que las formas de comunicación tomadas en cuenta se reducen al habla verbal, por lo que son dominadas por las personas con más facilidad para este tipo de comunicación), *condición de clase*, *condición nacional*, *condición racial*, etc.

Por otra parte son importantes las diversas “tendencias” políticas dentro de la agrupación y la lucha por la hegemonía, así como la capacidad o no de articular con otras organizaciones. En nuestras entrevistas resaltamos algunas condiciones de relaciones de poder, una fundamental es la lucha constante por la condición de mujer en los espacios políticos:

(Es difícil) ser una mujer con un tipo de liderazgo más horizontal, porque no es lo mismo ser una mujer que va a tener un tipo de liderazgo patriarcal, para mí ser una mujer con ese liderazgo, y ser crítica, ha significado que me saquen de muchísimos espacios o renunciar de ellos, pero también me ha dado fuerza... toda una lucha en términos de género, del tipo de liderazgo que yo tenía. Y en términos emocionales, significó perder muchos amigos, llorar muchas veces, porque para una mujer lanzarse a un puesto así de importante era que la gente iba a creer que estabas en igualdad en condiciones con la otra persona. Lo que significa para una mujer tomar un micrófono y hablar al frente de 70 personas. Para mí significó romper con todo eso... (Entrevista 1, 30/04/2016).

Otra discusión fundamental es sobre los diversos perfiles dentro de la organización, altos y bajos, que influyen en la dinámica grupal, donde la verticalidad y la horizontalidad juegan roles importantes:

...hay la creación de un currículo oculto implícito, que hace que unas personas tengan perfil alto y otras perfil bajo, pero si eso no se hace común, no se hace explícito, no forma parte del habla pública y el trabajo colectivo para construir cómo salir de eso, caga los procesos, porque te crea una verticalidad innecesaria... una verticalidad es necesaria en tanto forma parte de una táctica y una estrategia no como algo constitutivo y eterno... son herramientas que en sí mismas no son buenas o malas, sino que deben ser debatidas en la colectividad... cuando otros te la hacen señalar, cuando recibís y se construye la humildad para recibir y dar críticas y trabajarlas, no solo a un nivel individual psicológico sino principalmente colectivo... la verticalidad es nociva en tanto no impulse hacia la horizontalidad, es decir en tanto se legitime en el tiempo, se creen caudillos, que las personas que tienen la posición o

habilidades de ser líderes no se problematicen y no se cuestione que deben ser sustituidas por otras personas, eso es lo complicado que veo... Son trabajos recíprocos de los dos lados. (Entrevista 3, 28/04/2016).

Asimismo, los espacios crean “perfiles del o la militante”, principalmente a nivel implícito, donde se legitiman diversas formas de ser y actuar y se deslegitiman otras. Esto, por supuesto, es inherente a toda formación organizacional con cierta cohesión interna, sin embargo los grados de selectividad van a variar según cada particularidad, “el académico era alguien que había abandonado la lucha sincera, a mí se me recrimina bastante, (para ellos) no sabía leer lo que debía hacer: lo político-militar, por estar sesgado por el interés académico” (Entrevista 2, 28/04/2016).

Vemos entonces, que esta suerte de “currículo oculto” de formación de perfiles implica una suerte de lucha por un “capital simbólico” (Bourdieu y Wacquant, 2005) en términos políticos, el legitimarse personalmente en el espacio. Estas dinámicas muchas veces no son explícitas ni trabajadas dentro de los grupos. Por otro lado, a como se dan luchas por la hegemonía individual dentro de un espacio se dan luchas por la hegemonía de “tendencias” políticas dentro de los espacios organizacionales, por lo que se da la utilización de diversas estrategias para hacer la tendencia política propia la dominante.

5. Cambio político personal.

Como vimos antes en la visión de niveles heterárquicos para el entendimiento del activismo y la militancia, una transformación fundamental pasa por lo personal. Se puede gestar un espacio más personal de cuestionamiento subjetivo, marcado por la realidad de clase, de género, de sector social, de sexualidad, de nacionalidad, etc. Estos cambios, dependen bastante de los “ejes” o anclajes que la persona o la organización a la que pertenece busca, ya sea la lucha contra el capitalismo, la xenofobia o el patriarcado, u otra lucha. Por ejemplo, posiblemente una mujer trans que lucha por su derecho a identificarse legalmente como mujer considera que su lucha no es externa a su corporalidad. Más aún, su propio cuerpo funciona como motor de cambio, de rebelión y de cuestionamiento al orden social establecido. A diferencia de otros sectores donde el cuerpo (como espacio físico y simbólico) no se considera politizado. Este ligue específico que la persona hace con una lucha particular es nuestra pregunta motor de este nivel de “lo personal”.

En nuestras auto-entrevistas nos preguntábamos sobre el tema de “lo personal es político”⁶. Estuvimos dentro del espectro común de

⁶ Esta es una reivindicación utilizada por la Segunda Ola del Feminismo en Estados

posicionamiento ante esto, se ve como: una posición individualista que es nociva, una posición que es muy importante pero que puede ser nociva si se queda en el individualismo y, por último, una posición fundamental en cualquier nivel que podamos verlo. En una entrevista mencionamos “toda lucha pasa ya de por sí por el cuerpo, son nuestros cuerpos los que están presentes” (Entrevista 1, 30/04/2016). El paso por el activismo implica que pase personalmente en la vida cotidiana: pasa por el cambio de horarios y prioridades en la distribución del tiempo invertido, en hábitos, en deseos, en ideología, en pensamientos, en pasiones, en odios, en desgastes.

En este cambio personal consideramos fundamental incluir la condición de la *identificación* como vehículo movilizante de la lucha política. La identificación según Freud (1980) es el fundamento principal del lazo social, la pulsión vital de la relación con un otro. Una clave para entender el activismo y la militancia está en función de aquello con lo que el sujeto se haya identificado y de las formas variables en que esta identificación llega y se sostiene o no en el tiempo. Estos “objetos” de identificación del sujeto son ideologías, agrupaciones, ideas⁷.

Es precisamente la identificación como proceso de relación entre un sujeto y otros, lo que tiende a brindar sentido a los actos que se sostienen. Este sentido no es únicamente cognitivo, racional, tiene muchos componentes afectivos, libidinales, que en su conjunto dan un sentido de completud (Laclau, 2005). Nos preguntamos: ¿Con qué ideal se encuentran identificados (as) actualmente ciertas personas y colectividades?, ¿Cuál es la experiencia de dichos conjuntos con significantes como “autonomía”, “socialismo”, “cuerpo”, “feminismo”, etc.?

Es en términos de Laclau donde logramos dar con estos significantes que implican un “cierre” para la narración propia de la condición de activista o militante. En nuestro caso, podemos identificar que palabras como “cuerpo-feminismo”, “autonomismo” y “marxismo” que funcionan ejes centrales (no excluyentes de otros) que dan sentido a nuestras posiciones políticas. Comentamos:

Mi visión del cambio social ha cambiado, cuando era anarquista no tenía ni consistencia imaginaria, solo sabía que tenía que luchar contra el Estado y la policía. Cuando llegué a una corriente marxista y latinoamericana pensaba en analogar

Unidos, que reivindicaba que las violencias corporales que han sufrido las mujeres en sus cuerpos no son algo personal, individual o privado, es algo colectivo, político y por lo tanto denunciante a nivel público.

⁷ La noción de “objeto” en psicoanálisis no tiene que ver con el sentido común del objeto como una “cosa” física, sino que es un lugar al que el sujeto le “invierte” sus deseos, sus intenciones, sus pasiones, etc. Así, tiene que ver con la emocionalidad que direcciona, que nos interesemos en particular con algunas cosas, ideas, personas, que con otras, pero donde esta no es una “decisión” enteramente racional sino que pasa más por el ámbito pasional.

la entrada del M26 a la Habana como una entrada del campo a la ciudad... actualmente mi ilusión de cambio social no está en función de derrocar al capitalismo, que es el objetivo final, es la posibilidad de articulación de ciertos actores sociales y la posibilidad permanente de acceso a la reflexión de estos actores sobre su propio lugar en esta dinámica... (Entrevista 2, 28/04/2016).

Este vínculo identificatorio donde se liga pasional o afectivamente a algún significativo central ideológico por el que se lucha, implica performatividad (Butler, 2014), es decir, es un proceso de vínculo recíproco y continuo de las ideas tanto con la corporalidad como con las acciones prácticas de las personas (ninguno de estos tres lugares, ideas-cuerpo-acciones, vive totalmente separado de otro, esto solo se hace para poder dar una mejor comprensión analítica), así como con los espacios organizacionales, donde se tejen lazos sociales, amistades, enemistades, conflictos y amores. A nivel subjetivo implica entrar en el universo de la emocionalidad: inestabilidad, relaciones de odio, frustración, celos, de “encanto” y de “desencanto” con las luchas políticas.

Muchas veces hemos visto que gracias a que se obvia que las emociones son políticas y forman parte fundamental de las relaciones en el grupo y con otros grupos, suceden muchos problemas. Intervienen celos, relaciones de pareja, amistades, traiciones, deseos de protagonismo, narcisismo, desconfianzas, etc., que determinan mucho los espacios políticos, las discusiones o la posibilidad de articulación entre organizaciones. Muchos desencuentros que a nivel explícito se pretenden como “ideológicos” o “estratégicos”, es decir más aparentemente racionales, pero que al mismo tiempo tienen discusiones en un nivel más subterráneo, pasional.

Entre el desencanto y el encanto con luchas políticas, organizaciones e ideologías, es oportuno traer a colación el efecto de las coyunturas políticas a nivel social y personal. Como vimos antes, las coyunturas nos dan un panorama variado de las condiciones políticas, donde en algunos momentos de mayor crisis o *momentos límite* (Montero, 2006), se vive la efervescencia política, surgen, crecen y se promueven los activismos y las militancias. Que una coyuntura movilice a las personas implica una conjunción de los factores estructurales y los factores subjetivos; por ejemplo, se puede estar en medio de una situación coyuntural política activa y subjetivamente no sentirse “tocado” o “tocada” con ella. De esta forma es que es necesaria la conjunción de la agencia del sujeto, organizaciones que articulan y del movimiento de estructuras sociales. De ahí el peligro de intentar caer en reduccionismos para lograr entender este proceso, desde el psicologismo (Martín-Baró, 1999) donde las explicaciones ahondan en el nivel más individual y aislado, hasta el sociologismo que sería reducir la explicaciones a aspectos únicamente estructurales.

Así, las coyunturas se dan en los diferentes niveles heterárquicos antes vistos, no solo a nivel de país, también hasta las luchas propias políticas personales, más, digamos, micro-coyunturales. Si bien las coyunturas políticas de efervescencia y movimientos políticos no representan necesariamente un desencadenamiento de transformaciones sociales fuertes, sí constituyen tiempos de excepción sociopolítica, en los cuales tal como afirma Lacan (1968-1969) las estructuras sociales ideológicamente ocultas, tienden a mostrarse. Este efecto de posibilidad que ofrece la coyuntura, posiciona a los sujetos ante un momento en el cual la militancia o activismo adquiere sentido o es fundada, es decir, da posibilidades de *encantamiento* político. Se abre el horizonte de sentido a una posibilidad de emancipación, de disrupción del “sentido de realidad” que el estado de cosas establecido cierra los límites de lo posible.

El *desencantamiento* se da al decaer la coyuntura, o bien, tal como lo establece Pavón-Cuéllar (2012), al revertirse el efecto de la coyuntura política por un nuevo sentido repleto de “principio de realidad” y con poca disrupción hacia su propio contenido. La permanencia entre los momentos de coyuntura y las nuevas muestras de sentido al pasar estas, es interesante, e implica al sujeto en un ir y venir incómodo e inacabable.

Esta figura de identificación y su dinámica de encanto y desencanto suele estar ligado a ideas, a significantes, que anclan y dan sentido a la narración de la persona activista o militante, como ya vimos. Sin embargo, tal como ha denotado Freud (1980) una tendencia en la psicología de masas es la identificación con la figura de líder. Esta idea líder o este líder (como persona que encarna esas ideas) puede representar la actualidad carnal y presente de una figura de redención y de vuelta a un Vínculo Primario (Laclau, 2005), dentro de la narrativa específica de un pasado idealizado al cual se quiere volver, un espacio sin contradicciones, como puede ser la idea de un pasado sin patriarcado en la visión feminista, un pasado de total sintonía natural en la narrativa ecologista, un “comunismo primitivo” en el marxismo, una perfecta revolución en el “octubre rojo” ruso de 1917 en narrativas leninistas y trotskistas (para estos últimos, con un duelo constante por la “traición” estalinista), en la revolución cubana de Fidel Castro y el Che Guevara en una narrativa insurgente latinoamericana.

Esta posición idealizante en la militancia política se prefigura en líderes varios o en ciertas ideas específicas (ecologista, feminista, marxista, autonomista, entre otras). Žizek (2005) revisa el concepto de lo sublime comprendiendo que el acto subliminal es aquel en el que la cosa-en-sí (como unidad preciada de lo ideal), se torna posible. No obstante esta supuesta posibilidad es efímera, y su extravío deja una huella irrepresentable. En esta huella parece hallarse una relación entre lo subjetivo y lo ideal, una especie de soldadura a una nada que moviliza su búsqueda.

Este análisis de carácter libidinal, que implica a su vez dimensiones de lo humano concernientes al inconsciente, han sido puntos ciegos de las lecturas tradicionales en el marxismo, en donde los análisis exclusivamente políticos y/o económicos restan importancia a otras formas de entender la relación de los sujetos con proyectos políticos, relaciones que están atravesadas principalmente por la singularidad y el lazo de carácter afectivo.

6. La academia, la lucha por el capital simbólico y sus tensiones.

Llegamos al quinto nivel de análisis de la condición del activista y militante en relación con la academia que en nuestro caso resalta el nivel del espacio laboral. Es decir del lugar donde se da la lucha por la existencia⁸, la lucha por los capitales simbólicos (Bourdieu y Wacquant, 2005), la construcción de saberes horizontales y la creación de epistemologías diversas (Cabnal, 2010).

De las tres personas que investigamos acá, debido a la alta flexibilidad laboral estamos en estas condiciones: dos estudiamos psicología y dos ejercemos profesionalmente como psicólogos comunitarios en ONGs. Otra trabaja como asistente en diversos espacios de la universidad. Una persona trabaja como profesor en la UCR. Las tres personas tenemos una visión crítica de la Universidad de Costa Rica como institución pública, como un espacio que tiende al elitismo y a la separación con la sociedad. Sin embargo, consideramos que la Universidad es un espacio heterogéneo, incluidas sus formas políticas, donde se puede ver un sector tendiente a impulsar la “acción social” y el vínculo con movimientos sociales para la transformación y otro sector que tiene una visión más empresarial de la universidad, viendo a la sociedad como un posible espacio de inversión y rentabilidad.

Hay diversas maneras de ver el activismo desde el espacio universitario: 1. Desde lo interno de la universidad, con prácticas como proyectos de “acción social” hacia la sociedad o con luchas políticas que se dan a lo interno (como parte del sindicato, del movimiento estudiantil o procesos de información y formación política), 2. Desde fuera de la Universidad, es decir personas que trabajan en ella pero que ejercen su activismo o militancia no a través de los espacios que permite la institución, sino en organizaciones afuera.

⁸ Consideramos que el trabajo es un eje fundamental para el análisis social y el entendimiento de su devenir, sin embargo, consideramos junto con Holloway (2005) que el trabajo no se reduce ortodoxamente al espacio de la empresa, fábrica o de agricultura, sino que responde a toda la actividad cotidiana que trata la construcción y reproducción de la actividad para la vida humana.

Estos dos lugares no son necesariamente excluyentes, también tienen sus particulares tensiones internas. Veamos.

a. Luchas desde lo interno de la Universidad. Si se hace activismo desde la Universidad tiene sus propias limitaciones internas para la transformación social, hay cambios desde los movimientos sociales que van en fricción con la ley o con el sentido común dominante, desde esta posición la Universidad en muchas ocasiones ha de tener posiciones que limiten a sus integrantes a hacer acción social de este tipo. Asimismo, la lucha interna por recursos materiales y simbólicos para ejercer el “acción social” es un gran asunto, depende del clima político que lo promueva o lo restrinja.

Otro aspecto, es que muchas personas que trabajan para la Universidad no mantienen un compromiso social de práctica activista. Un factor que puede influir en esto es la saturación laboral que exige, donde la posibilidad de tiempo disponible fuera del trabajo es muy poco o muy desgastante. Asimismo, la Universidad da una investidura simbólica de elitismo en sus miembros, por lo que ese “capital simbólico”, de acumulación de saberes dan más valor a las y los académicos (Bourdieu y Wacquant, 2005), esto va en contraposición de interesarse por las luchas sociales, los cuales son considerados una “pérdida de tiempo (capital)”. También, la historia biográfica de cada persona incide los aspectos antes vistos de formación política “informal” (historia de vida y luchas de clase, género, racismo, etc.). Asimismo la decepción de las experiencias anteriores o conocidas de lucha social fallida, el miedo a que si se es activista no suma al currículo laboral para ser contratado, etc.

b. Luchas afuera de la universidad. Cuando se es parte del espacio académico pero el activismo o militancia se ejerce fuera de ese espacio, se establece una gran tensión entre estos dos lugares. El “campo” académico implica sus propias luchas internas que exigen el lograr la distinción social. En un contexto neoliberal de amplio recorte de la inversión estatal a la universidad, implica una competitividad entre trabajadores alta y una exigencia temporal de desgaste y absorción. Por otro lado, lo que podríamos llamar como el “campo” activista o militante, tiene de igual forma sus exigencias, que de igual manera pueden ser de acumulación de capitales materiales y simbólicos.

Vemos entonces, que estos dos lugares se tienden a contraponer, a excluir, el tiempo, la lucha y la convicción ideológica que exige un “campo” (digamos, académico) va en contradicción con las exigencias del otro “campo” (digamos, activista). La resolución de esto es un dilema muy importante en diversos activistas o militantes, donde la inversión en un espacio implica pérdidas en otro espacio.

c. El vínculo con la sociedad. La relación de una persona académica con sectores fuera de la universidad nunca está ajeno a tensiones de poder. Una persona universitaria (sea estudiante, académica o trabajo

fuera de la universidad), tiende a ser situada en un lugar social de prestigio, de distinción, sus títulos le han dado una suficiente acumulación de “capital simbólico”, desde el que le es posible que su enunciación esté sellada con “la verdad”, más allá de la argumentación de sus palabras y contenido. Stravrakakis (2010) trabaja esta posición en otros casos emparentándola con la pose de *supuesto saber* del analista en el psicoanálisis, en la cual el contenido de lo dicho está atravesado por el lugar que se le brinda *a priori* a su palabra. Esto es una tendencia, puesto que en algunos espacios barriales y comunitarios la gente universitaria es mal vista, por su elitismo.

Hemos vivido en propias experiencias que cuando algún proyecto universitario visita alguna comunidad en resistencia, sea esta urbana, periurbana o rural, las personas universitarias han sido algunas veces tratados como una especie de sector que brinda respuestas y que además puede hacer funcionar la lógica burocrática del Estado en favor de las luchas.

La lucha contra esta posición de saber se hace necesaria a la hora de dar aquel intento de expansión de la academia, para evitar su reducción a una torre de marfil elitista:

uno tiene dos opciones ante esto siendo académico: o seguir sintiéndose parte de una casta, de una élite, haciendo separación con la sociedad, o ser un académico con un vínculo de perfil más social, de vínculo popular... sos siempre el “otro”, el profesional... aunque uno puede ser uno más, uno puede ser criticado, puede haber reciprocidad de crítica... Hay una tendencia a la dependencia, entonces es una lucha constante, recíproca, donde los sectores que tienen más poder van eliminando esa jerarquía, los sectores con menos poder van agarrando fuerza. Es una lucha constante, el paso decisivo es hacerlo consciente, explícito y trabajarlo, luchar contra la posición mesiánica, del Saber, y del otro lado luchar para ver que el saber está en todos y que el conocimiento siempre es recíproco, uno no sabe más, no hay recetas (Entrevista 1, 28/04/2016).

Vemos entonces, que el fantasma del asistencialismo, de la dependencia, de la falta de creación de la fuerza y poder de los espacios organizacionales que se apoyan desde los sectores académicos es muy fuerte y hay diversas tendencias de cómo asumir esa interacción. También las elasticidades entre el tiempo “libre” (del cual sería posible el activismo y la militancia) y el tiempo de trabajo están en continua y constante tensión.

Conclusiones y aperturas

Llegando acá exponemos algunas visiones “ex-timas” de nuestra condición de activistas y de personas pertenecientes a la academia. Nos parecen *íntimas* porque hablan un poco de los asuntos más privados de las personas que investigamos, de las vivencias previas y análisis conceptuales que hacemos antes de encarar el proceso de entrevistas a otras personas que continúa posterior a esto. También nos parecen *éxtimas* porque hablan de muchas cosas que nos trascienden de nuestra condición individual, sino que responden a tendencias y lecturas de un contexto y diversas colectividades. Este ejercicio estamos conscientes que podría representar cierta “herejía científica”, ya que quienes investigan son los mismos sujetos investigados. Sin embargo, consideramos que acá nuestro interés no es dar a entender una suerte de objetividad “neutral”, sino más bien llevar, al máximo de nuestras posibilidades, el dejar explícito nuestra parcialidad ineludible como sujetos políticos y académicos que investigan.

Así, estos pre-conceptos y vivencias tienen como función el ser contrastadas y confrontadas no solo con las entrevistas posteriores que continúan este proceso investigativo, sino también con las referencias teóricas que hemos trabajado. Expusimos una serie de categorías como niveles para entender el activismo y la militancia, estos niveles no tienen relación jerárquica sino heterárquica. Los niveles son: *grande* (macro a nivel de país e internacional), *local* (regiones específicas o sector particular de lucha), *grupal* (organizaciones sociales) y *personal* (la subjetividad implicada). Estos a su vez, fueron deslindados para el caso concreto nuestro en estos niveles particulares: 1. El ingreso a la política, 2. El contexto social de empuje, 3. La lucha interna por la hegemonía a lo interno de la organización, 4. Condición política personal, 5. Tensiones de la academia.

Al considerarlos heterárquicos, esta numeración no le da prioridad analítica de un nivel sobre otro, sino que todas potencialmente en primera instancia tienen la misma validez. Por eso la imbricación, ligamen, tensiones, contradicciones, entre ellas es de una complejidad amplia, no reduccionista ni determinista. Así, las vemos como unas líneas de entendimiento de la condición activista. Esperamos que estas auto-aclaraciones que nos hacemos nos sirvan como herramientas para afrontar el siguiente paso investigativo. Entonces, todo esto acá discutido no lo consideramos tanto como unas conclusiones, sino más bien unas aperturas al paso siguiente de trabajo.

Referencias

- Amorós, C. (1991). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos.
- Bourdieu, P. & Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Butler, J. (2014). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.
- Cabnal, L. (2010). *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. ACSUR. Recuperado el 25 de julio del 2016 de <https://porunavidavivible.files.wordpress.com/2012/09/feminismos-comunitario-lorena-cabnal.pdf>
- Castro-Gómez, S. (2007). Michel Foucault y la colonialidad del poder. *Tabula Rasa. Bogotá - Colombia*, 6, 153-172.
- Cixoux, H. (1995). *La risa de Medusa*. Barcelona: Anthropos.
- Freud, S. (1980). *Psicología de masas y análisis del yo*. Buenos Aires: Amorrortu
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Holloway, J. (2005). *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Caracas: Vadell Hermanos.
- Holloway, J. (2011). Del grito de rechazo al grito de poder: la centralidad del trabajo. Extraído de: <http://www.johnholloway.com.mx/2011/07/31/del-grito-de-rechazo-al-grito-de-poder/>
- Irigaray, L. (1982). *Yo, tú, nosotras*. Madrid: Cátedra.
- Lacan, J. (1967-1968). *Seminario XVII, El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mora, S. (2015). *La política de la calle. Organización y autonomía en la Costa Rica contemporánea*. San José: EUCR.
- Martín Baró, I. (1999). *Acción e ideología. Psicología social desde centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Montero, M. (2006). *Teoría y práctica de la psicología comunitaria: la tensión entre comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Paidós
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós.

- Negri, A. (2009). *El monstruo político. Vida desnuda y potencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Parker, I. (2005). *Qualitative Psychology: Introducing Radical Research*. New York: Open University.
- Pavón-Cuéllar, D. (2012). *Elementos políticos del marxismo lacaniano*. México DF: Paradiso editores.
- Stavrakakis, Y. (2010). *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zizek, S. (2005). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
-

Fecha de recepción: 23 de marzo 2016

Fecha de aceptación: 7 de febrero 2017